

Una piedra en el agua

Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

El agua estaba a buena temperatura. Ni demasiado caliente ni helaba su contacto. La verdad es que era difícil que estuviese buena para todos, porque los huéspedes de Villa María procedían de diversos Estados de la Unión y traían sus propias costumbres. Para los canadienses o los de Massachusetts, por ejemplo, la temperatura era siempre demasiado alta. Los californianos o de Oregón se quejaban en cambio de su frialdad y protestaban en la oficina del término «heated pools», piscina calentada, que aparecía en los folletos de propaganda.

El agua variaba de acuerdo con la temperatura exterior, pero el mínimo era siempre aceptable. La discusión sobre sus grados era una de las que se establecía regularmente entre los huéspedes sentados en las sillas y a su borde. Meteorología, estado de salud de los individuos o sus amistades, calidad de los diversos restaurantes de la ciudad eran los temas más típicos de la conversación. No se hablaba casi nunca de política, porque ésta, sin discusión, no tiene gracia y la inmensa mayoría de los congregados era del Partido Republicano para los que Roosevelt era sinónimo de diablo y «socialización de la medicina» palabras blasfemas.

Era, quizá, la única rigidez de los huéspedes que llegaban a Arizona tras trabajar intensamente en distintos ramos del comercio o la industria. Huían de la nieve y del frío norteno y sólo volvían a sus lares cuando mayo hacía agradable el viaje... Los pocos que quedaban en Villa María pagaban con el sol asfixiante de julio y agosto la dulzura del invierno transcurrido.

A Johnny le gustaba el sitio. Estudiante universitario procedente de España era un poco el bebé de la agrupación de ancianos y como tal era festejado. La barrera de lenguaje era prácticamen-

te inexistente y sus equivocaciones con el inglés celebradas como una gracia. Tenía lo bastante de exótico para ser interesante y conocía lo bastante el país y sus costumbres para no chocar.

Johnny (donde había terminado el Juanito original) pensaba en su vida allí mientras se deslizaba suavemente por la piscina. A aquella hora no había nadie más, porque los huéspedes, aun levantándose temprano (no se cambia de golpe el hábito de levantarse a las siete durante cuarenta años), se empujaban en los departamentos... Johnny sabía que le miraban desde ellos y que al poco rato empezaban a aparecer por la puerta de hierro ya abierta. No tenía prisa por volver.

Su presencia era agradable pero no urgente. Podía pasarse sin ella sin esfuerzo ni pena. Pero prefería verlos a permanecer solo demasiado rato cuando el cuerpo ya estaba satisfecho del ejercicio y el alma tiene ganas de expresar su bienestar con el comentario alegre... —¿Qué tal está el agua?

La costumbre le hizo reaccionar aun sin volverse. Le gustaba esa forma cordial con que el americano se dirige a la gente desconocida con una sonrisa de pura amistad.

—Estupenda...

Se volvió a medias deslizándose sobre el lado derecho. Vio a dos muchachos sonrientes y fuertes de unos veinte años. Se encaramaron al trampolín...

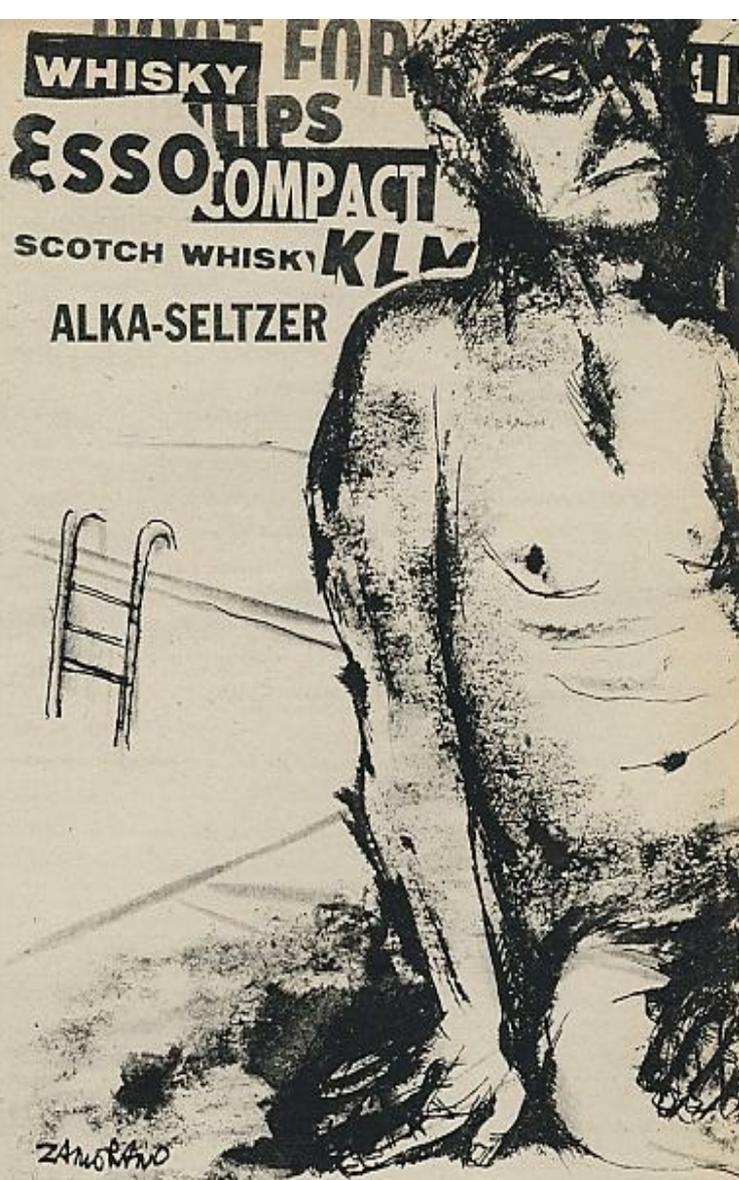
¡Splash!

¡Splash!

Los cuerpos entraron con fuerza en el agua. Un instante después las dos cabezas aparecían rezumantes de agua y risas. Johnny se quedó con la boca abierta y miró rápidamente hacia el otro lado para ocultar su sorpresa.

Uno de los dos era un negro.

Las once. Johnny se vestía en su departamento y todavía con la toalla en



las espaldas echó una ojeada a la piscina. Los dos muchachos seguían chapoteando entre risas. No había nadie más que ellos. Johnny miró luego a las galerías de departamentos esperando comprobar otra reacción ante el hecho. No había nadie. Y, sin embargo, estaba seguro que cien ojos acechaban la piscina.

Después de vestido se sentó, como tenía por costumbre, a tomarse una copa de jerez y empezó a ojear distraidamente una revista «Times». Cartas al director, carta del director a los lectores, noticias de los Estados Unidos... Inútil, no podía concentrarse.

Tenía que saber... Pero la única forma revestía carácter de protesta, de queja. Y eso no le divertía...

Miró de nuevo. La piscina estaba solitaria. Johnny salió al jardín. Caminaba despacio como quien quiere pasearse sin rumbo fijo. Vio al otro lado de las ventanas siluetas familiares —estaba más oscuro en el interior, pero ya conocía los perfiles asociándolos a los números de los departamentos—. Se levantó algún brazo en señal de saludo y él contestó de la misma forma. Si le veían a él habían visto al otro... Tenía que saber.

En la oficina se detuvo un momento

ante la biblioteca circulante. La señora Morrison contestó a sus buenos días con una sonrisa y siguió atendiendo al teléfono. Johnny miraba los lomos de los libros como si no se decidiese a escoger mientras atendía los retazos de conversación. Primero fue una llamada de fuera pidiendo habitación. No, no había disponibles por el momento. Mañana seguramente. Luego se encendieron las luces del tablero y éstas eran ya luces con nombre.

—Sí... sí, señora Matthews... (Johnny la imaginaba con sus gafas de concha y su figura redondeada inclinada sobre el pequeño nicho en que se guardaba el teléfono en los departamentos), pues sí... no... es que no sabíamos quién era... son músicos y el director de orquesta ha venido a pedir un departamento para tres... No tenemos la menor idea. No, claro, ya sé que personalmente no le importa..., pero por los demás..., claro, claro...

Se encendió otra luz.

—Buenos días, señor Jarvis. (Johnny le vio alto, magro, buen jugador de golf, ex bolista que hablaba con aire de autoridad.) Sí, magnífico día, en efecto. Sí, estupendo para nada..., ¿que si está lim-



pia la piscina? Sí, claro... ¡Ah, era una broma! Usted siempre con su sentido del humor... No, lo que ha ocurrido ha sido que una orquesta...

Johnny seguía mirando los libros sin ver. El día se animaba. Los timbres se multiplicaban y al otro lado del hilo sonaba la sorpresa, la pregunta, el deseo de informarse. Toda Villa Marta, siempre tan tranquila y apacible, parecía vibrar hasta sus cimientos con la tremenda noticia.

Tras la séptima llamada el tablero pareció calmarse. La señora Morrison suspiró y se arregló el cabello con mano nerviosa. Johnny asomó la cara por la ventanilla y le lanzó una sonrisa de complicitad que la otra recogió. Era una mujer alta y huesuda con una entrega absoluta a su trabajo directivo. Separada de su marido hacía años, Villa Marta era su familia, su gozo y su tristeza.

—Señora Morrison —susurró Johnny mirando temerosamente a los lados—, a que advirio lo que le han dicho para empezar todos los que le han llamado.

—A ver...

—Han dicho: «A mí personalmente no me importa porque no tengo prejuicios raciales...», sin embargo me ha chocado...»

La señora Morrison sonrió otra vez.

—Parece que haya estado usted escuchándolos. Sí, sólo un «sin embargos...», pero, ¡qué enfático!

—¡Y, ahora, qué piensan ustedes hacer?

—No podemos hacer nada. La ley del Estado no permite la discriminación racial y, además, los hoteleros hemos firmado un convenio..., mientras pueda decirse que lo sentimos mucho pero no hay departamento disponible, no hay problema, pero si se encuentran ya dentro...

El timbre volvió a sonar.

—Sí, señora Thompson (la pequeña pelirroja, buena nadadora a pesar de sus sesenta y pico), claro... (guiñó el ojo a Johnny mientras seguía la conversación), sí, sí, comprendo que le haya sorprendido... no, ya sé que a usted personalmente le es indiferente pero que a los demás puede..., claro, claro. Pues lo que ha pasado...

Johnny salió de la oficina riendo. Pero al llegar al patio interior enardecía la cara. Al otro lado de la glorieta de rododendros estaba un grupo discutiendo animadamente. Eran los Melvin (acero de Chicago) y los Johnson (carbones de Pensilvania) y el tema de su charla estaba claro en su gesto. Cuando él pasó le sonrieron sin detenerle y Johnny se guardó muy mucho de preguntar nada. En aquel momento se trataba de un asunto de familia americana y él era un extranjero. No pensaban hacerle copartícipe de algo que no podía comprender y mucho menos convertirle en el árbitro del problema.

Se dio cuenta de lo tardío de la hora y corrió a su coche. Tenía que dejar en «suspense» el problema. Y lo peor era que tenía toda la tarde ocupada y una cena con amigos recién llegados a la ciudad. Hasta el día siguiente no podría enterarse...

...Al día siguiente se levantó tarde y aún emperzado se acercó a la ventana. Brillaba el sol reflejándose en la superficie azulada. Miró más fijamente, lanzó una ojeada al reloj y volvió a mirar. No se había engañado: la verja que se abría normalmente a las diez estaba cerrada. Y eran las once y cuarto.

Se asomó un poco más y descubrió al encargado de la limpieza, Tom. Era un viejo, delgado y altísimo, que presumía de una edad provecia porque la podía comparar con su actividad incesante. Ahora estaba en su función sagrada de limpiar el fondo de la piscina, pero se le notaba algo falso en los movimientos que, de costumbre, tenían un ritmo regular y seguido. Ahora, en cambio, tardaba tanto en retirar el largo rastriero que era evidente su deseo de prolongar la acción (a un obrero americano le cuesta tanto forzar el ritmo de trabajo como hacerlo más lento).

Se oyeron unos pasitos sobre el encintado. Johnny se asomó a ver a la dueña del hotel. Era una viejecita menuda y nerviosa con gafas, que casi nunca aparecía por aquella zona entregada a su trabajo de administración. Johnny la vio acercarse a la verja y llamar al hombre. Conversaron rápidamente, en voz baja, pero los gestos a lado y lado eran clarísimos. Ella le preguntaba si habían venido. El le contestaba que no. Ella

pareció dudar un momento y, por fin, le señaló que volviera a su tarea. Iba a ser un día de mucha limpieza. Volvió a taconear por el encintado con tableteo de ametralladora.

Johnny se metió en la ducha, riéndose. Pero, a poco, oyó un rumor de hierros y conversación y saltó, medio desnudo, a la ventana del baño. Un hombre gordo y desconocido —un nuevo huésped, sin duda— estaba agarrado a la verja y la sacudía mientras discutía con el encargado de la limpieza. Llevaba un albornoz puesto y era evidente que había soñado con el baño regenerador después de la jornada viajera. Tom miraba asustado hacia donde había ido la dueña, pero al fin se rindió a lo inevitable y abrió. Mientras el desconocido nadaba, permanecía vigilante en una actitud de franca frustración. Si el «otro» llegaba, no tendría más remedio que dejarle entrar y entonces... Johnny le veía indeciso y en su desesperado intento de conciliar ambos problemas —la aceptación del blanco con la negativa al negro— seguía agarrado al rastriero de limpieza aunque no pudiera usarlo. Johnny suponía que su aloca imaginación estaba pidiendo a las potencias celestiales un milagro.

Johnny volvió a su arreglo... poco después oyó la verja de nuevo. Sin moverse intuyó que el recién venido se había marchado y la consigna estaba de nuevo en marcha. Imaginó la cara de satisfacción con que Tom había vuelto a su tarea.

Las doce. Johnny iba a salir cuando

sonó el teléfono. La señora Harrison le llamaba para preguntarle si tenía bastantes mantas. Le aseguró que sí. Hubo una duda al otro lado del teléfono y, por fin, le dijeron que los nuevos huéspedes —ya sabía, los de la orquesta— se habían marchado hacia diez minutos. Se lo decía porque él había preguntado por ellos el día anterior... claro, claro... le dio las gracias.

Se puso el bañador y salió al patio central. Las verjas estaban abiertas de par en par, y junto a la piscina se arremolinaban ya varias señoras: la Jarvin, la Thompson, la Scott. Contestaron sonrientes al saludo.

—¡Buenos días!

Llegaron luego los Johnson, los Melvin. Se arrastraron sillas, se colocaron cubriéndose del sol o de la sombra según costumbre. Johnny los contemplaba desde el centro de la piscina, donde flotaba suavemente sin esfuerzo.

—¡Qué maravilla de sol! —dijo la señora Melvin.

—Creo que en Buffalo están a siete bajo cero —comentó la señora Payne.

—¡Qué horror!

Todas se estremecieron de gusto. La dulzura del clima se acentuaba sólo de pensar en la dureza del Norte.

Pasó un pájaro.

—¡Un petirrojo! Es el primero que veo este año.

Todos se volvieron mirando emocionados hacia el ave. Todo era simpático, afectuoso. Reinaba sobre el grupo de la piscina un ambiente de bondad y de dulzura.

